



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Universidad de la República

Facultad de Psicología

“Psicoanálisis con niños: Juego e interpretación”

Trabajo Final de Grado

Modalidad: Monografía

Juan Manuel Blanco Scarpa

C.I.: 4.881.261-5

Tutora: Prof. Adj. Gabriela Bruno Camares

Revisora: Prof. Adj. Paula Achard

Diciembre, 2025

Resumen

El presente trabajo final de grado aborda el psicoanálisis con niños a partir del eje conceptual del juego y la interpretación, analizando los desarrollos teóricos que desde Freud hasta los autores contemporáneos han permitido pensar la especificidad de la clínica infantil. A través de un recorrido histórico y conceptual, se examinan los textos fundacionales de Freud – Desde *Tres ensayos de teoría sexual* (1905/1992) y *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909/1992) hasta *Más allá del principio de placer* (1920/1992) –, en los cuales se sientan las bases para comprender la función del juego y la simbolización en la constitución subjetiva.

Posteriormente, se abordan los aportes de Melanie Klein y Anna Freud, pioneras en establecer las primeras técnicas diferenciadas para el tratamiento analítico de la infancia. Mientras Klein concibe el juego como equivalente a la asociación libre del adulto, Anna Freud introduce la noción de alianza con el yo infantil, destacando la necesidad de adaptar la técnica al nivel de madurez del niño

En la segunda parte se incluyen desarrollos de autores contemporáneos – Winnicott, Rodolfo, Casas de Pereda, Flesler y Peusner – que amplían y problematizan las concepciones clásicas. Se analiza cómo el juego, la palabra y el gesto operan como ejes del proceso de simbolización, y como la posición del analista redefine éticamente en relación con el deseo y la transferencia.

El trabajo concluye que el psicoanálisis con niños constituye un campo específico del discurso psicoanalítico, en el cual el juego no es solo una herramienta terapéutica sino una vía privilegiada hacia el inconsciente y la construcción de la subjetividad.

Palabras clave : Psicoanálisis infantil, juego, interpretación, simbolización, transferencia, subjetividad.

Índice

Resumen y palabras clave	1
Introduccion.....	3
1. Historia del psicoanálisis con niños.....	5
2. Pioneras del psicoanálisis infantil.....	9
3. Autores contemporáneos e interpretación en psicoanálisis con niños.....	13
Consideraciones finales.....	25
Referencias bibliográficas.....	27

Introducción

El presente trabajo final de grado tiene como propósito abordar el psicoanálisis con niños a partir del eje central del juego y la interpretación, analizando su evolución teórica desde los textos freudianos fundacionales hasta los desarrollos contemporáneos. A lo largo del trabajo se propone situar como, desde el surgimiento del psicoanálisis, la figura del niño y su modo de expresión fueron adquiriendo un estatuto propio dentro del campo clínico, configurando un área específica del saber psicoanalítico.

Freud inauguró una perspectiva inédita al incluir lo infantil como dimensión constitutiva del sujeto del inconsciente. En *Tres ensayos de teoría sexual* (1095/1992), redefine el concepto de sexualidad, reconociéndola como inherente al ser humano y presente desde la infancia. Más adelante, en *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909/1992), introduce el primer caso de clínico de un niño, conocido como el “pequeño Hans”, que funda el psicoanálisis infantil y permite pensar las articulaciones entre síntoma, fantasía y función del sujeto con relación a un otro. Posteriormente, en *Más allá del principio de placer* (1920/1992), el autor amplía su teoría al incluir también la compulsión a la repetición y la pulsión de muerte, conceptos que se volvieron fundamentales para comprender el juego y su función simbólica en la infancia.

Los aportes de las pioneras Melanie Klein y Anna Freud marcan un segundo momento de consolidación del psicoanálisis con niños. Klein desarrolla una técnica basada en el juego como equivalente a la asociación libre, orientada a acceder al inconsciente infantil, mientras que Anna Freud prioriza el papel del yo, la alianza terapéutica y la mediación con los padres y la familia. Ambas perspectivas, aunque diferentes, consolidan el estatuto clínico del psicoanálisis infantil y abren el debate sobre la función y los límites de la interpretación.

En un tercer momento, el trabajo se centra en autores contemporáneos que retoman y reformulan las problemáticas inauguradas por Freud, Klein y A. Freud. Winnicott (1971) introduce la noción de espacio transicional, ubicando el juego en un territorio intermedio entre lo subjetivo y lo compartido, donde el niño puede ser creador y expresar su mundo interno. Rodolfo (1990), por su parte, propone pensar al niño como sujeto del significante, situando el juego como una forma de producción simbólica ligada a la repetición y fundamentalmente al mito familiar. Casas de Pereda (1991, 2008) destaca el gesto, la palabra y la acción como parte del discurso infantil, advirtiendo sobre el riesgo de una interpretación que interrumpa la simbolización. Flesler (2001) redefine la función del analista desde la ética del deseo, entendiendo el juego y el dibujo como maneras de acceso a la singularidad del niño. Por último, Peusner (2006) retoma la enseñanza lacaniana para entender a la interpretación como acto y no como explicación, entendiendo su carácter ético y la importancia que tiene la transferencia.

El recorrido presentado busca darle evidencia al juego, más allá de su valor de expresión, donde termina siendo un dispositivo fundamental para la simbolización, la regulación de lo afectivo y cómo se constituye el sujeto. Asimismo, propongo mostrar cómo la función de la interpretación se redefine en este campo, dando cuenta del respeto a los tiempos del niño, su decir y su deseo.

De esta manera, el trabajo invita a reflexionar sobre el valor tan estructurante del juego y la interpretación en el proceso de análisis con niños, como herramientas que

posibilitan el acceso al inconsciente dentro de un marco tanto ético como clínico propio de esta gran técnica llamada psicoanálisis.

1. Historia del psicoanálisis con niños

El psicoanálisis surge en el marco de las investigaciones de Sigmund Freud, quien es considerado el fundador del psicoanálisis. Uno de sus aportes más innovadores fue la incorporación de lo infantil como objeto de estudio, en un contexto histórico donde la sexualidad en la niñez no había sido estudiada de forma sistemática. En efecto, Freud señaló que el interés por la infancia parte de su hipótesis de que las experiencias infantiles, incluso ocultas o inconscientes, tienen un peso decisivo en la estructuración del sujeto (Freud, 1905/1992).

En *“Tres ensayos de teoría sexual”* (Freud, 1905/1922) el autor redefine la noción de sexualidad y problematiza el concepto tradicional que solamente estaba instaurado en el ámbito adulto, dejando en claro que previamente a sus planteos, no se pensaba que existiera una sexualidad infantil. En este texto, distingue tres apartados: el primero aborda las denominadas “aberraciones sexuales”; el segundo se centra en el desarrollo sobre la sexualidad infantil y, el tercer apartado, un avance sobre la pubertad y su vínculo con la sexualidad. En este marco, Freud sostiene que la idea de pulsión sexual implica que las mismas se hallan apuntaladas en las pulsiones de autoconservación, pero se diferencian de

ellas en tanto la sexualidad no se reduce a lo instintivo. Por el contrario, la sexualidad en el ser humano se configura a partir del encuentro con el otro y se manifiesta desde la infancia, constituyendo un momento decisivo para la organización posterior de la vida sexual y para la estructuración del psiquismo. Este planteo representó un quiebre respecto de las concepciones victorianas dominantes, al afirmar que la sexualidad es inherente al ser humano y no exclusiva de la vida adulta.

Posteriormente, Freud (1909/1992) presentó el texto *“Análisis de la fobia de un niño de 5 años”* considerado el primer proceso analítico con un niño. El análisis por parte de Freud fue indirecto, ya que mantuvo correspondencia con el padre del niño, quien actuaba como intermediario entre lo observado clínicamente y las interpretaciones.

En este caso, el pequeño Hans comienza su desarrollo sexual con una curiosidad temprana por el “hace-pipi”. Freud (1909/1992) señala que, luego de participar de una actividad familiar en un establo, el niño observa cómo se ordeña una vaca y se interesa por la procedencia de la leche, manifestando un afán por comprender las diferencias corporales y las funciones sexuales. Esta actitud de observación y pregunta constituye, para el autor, una de las primeras expresiones de la sexualidad infantil, en la que la curiosidad se orienta hacia los órganos genitales y sus productos (Freud, 1909/1992).

Luego, el pequeño Hans genera un intenso miedo a ser mordido por un caballo de carga en algunos de sus paseos habituales. Por otra parte, en otro segmento del texto había presenciado una caída del mismo y plantea que el caballo “se caerá y morderá” (Freud, 1909/1992, p.80) . Este acontecimiento - que Hans “no tolera” en su registro- opera como punto de fijación para la fobia, ya que es algo que se inscribe más allá de la percepción del hecho real y queda ligado a la escena del caballo caído (Altschuler, 2008). Desde allí, tras ver al caballo tumbado en la calle pataleando, genera una fobia intensa que no le permitía salir de su casa para realizar sus actividades y paseos cotidianos. En términos estructurales, la fobia funciona como un dispositivo que concentra la angustia dispersa en un objeto y oficia de “borde” simbólico inestable. Es decir, sustituye el objeto de

angustia por un significante temible, pero su anclaje puede fallar cuando se enfrenta al deseo del Otro (Altschuler, 2008)

Como último punto, Hans elabora dos fantasías que, tras la intervención analítica, habilitan la salida de la fobia. La primera aparece cuando fantasea que el instalador le quitó primero el trasero y luego el “hace-pipi” para darle uno nuevo y más grande; Freud la caracteriza como “una fantasía de deseo triunfante y contiene la superación de la angustia de castración.” (Freud, 1909/1992, p.106). Desde una lectura lacaniana, el “hace-pipi” (nombre que el niño da a su órgano) nombra y liga un goce que le es ajeno, no autoerótico, y con esa nominación se torna eficaz la función del Nombre del Padre, al combinar lo simbólico y real para escribir un borde respecto de lo no simbolizado (Altschuler, 2008). La segunda fantasía surge cuando juega con sus hijos imaginarios y plantea que el rol propio era el de la madre al principio para luego ser el del padre. Posteriormente Freud interpreta que “en vez de matar al padre, lo vuelve inofensivo elevándolo a la condición de marido de la abuela.” (Freud, 1909/1992, p.106). Para Freud, concluye la enfermedad en el análisis.

A través de este recorrido, Freud pudo vincular la fobia de Hans con el complejo de castración y su dinámica. Según su interpretación, el caballo funcionaba como sustituto simbólico del padre, y el temor a la mordida representaba la angustia de castración como castigo por los deseos inconscientes hacia la madre. Además, el caballo para él era un objeto de angustia, por esto, había trasladado toda su angustia previa al caballo. Además, muestra el papel central de la fantasía en la génesis de los síntomas (Altschuler, 2008). Esta lectura se complejiza si se considera el quiebre que introduce el nacimiento de la hermana, así como el modo en que el significante “hace-pipi” organiza la respuesta del niño frente al deseo materno y la función paterna (Altschuler, 2008).

Finalmente, diversos autores han subrayado la incidencia de la mediación paterna en el caso. Borgogno (2006) muestra que los síntomas de Hans convocan la mirada de un padre previamente ausente o distraído, reactivando su función en la escena familiar (p.45). Al mismo tiempo advierte que Hans fue objeto de una mirada “más interesada” por el

psicoanálisis y por su fundador que por el mismo como sujeto, con sus exigencias epistemológicas y afectivas (p.55). De allí su caracterización del padre como “hombre invisible”- definición que el propio padre adopta como “tarjeta de presentación” (p.56) - y su crítica a un entorno parental narcisista y discontinuo para comprender, reflejar y sostener las demandas del niño y su deseo de saber. Estos señalamientos permiten entender la idea de una resolución lineal de la fobia, introduciendo así el cuestionamiento por los límites y los alcances de la cura cuando el sostén parental es inestable.

En síntesis, el caso del pequeño Hans inaugura el psicoanálisis con niños y permite articular entre el síntoma, la fantasía y la función del Otro en la constitución subjetiva. Por consiguiente, el caso trasciende al psicoanálisis y es tomado como una referencia para entender el deseo, la ley y la constitución de la subjetivación en la infancia.

Más adelante, en *“Más allá del principio de placer”* (Freud, 1920/1992), el autor nos presenta nuevos conceptos centrales para la comprensión del psiquismo infantil: la compulsión a la repetición, la pulsión de muerte y el conocido juego del fort-da. Este último, observando a su nieto de un año y medio. El juego consistía en lanzar un objeto lejos de sí (“fort”, ausencia) y luego hacerlo retornar (“da”, presencia).

Freud interpretó que dicho juego simbolizaba el intento del niño por elaborar la angustia frente a la ausencia de la madre, transformando una vivencia pasiva de pérdida por una activa de control. Freud (1920/1992) sostiene que mediante la compulsión a la repetición, el sujeto busca transformar una vivencia pasiva en una acción activa, otorgando al juego una función de dominio frente a la pérdida y a la ausencia (p.23).

En esta línea, Winnicott (1971) señala que la capacidad de tolerar la ausencia materna constituye un paso decisivo hacia la independencia emocional. A través del juego y de los objetos transicionales, el niño logra sostener la presencia de la madre en su interior aún cuando no está físicamente, iniciando así un proceso de integración que le permite construir una realidad diferenciada y autónoma.

El Fort-da puso en evidencia cómo el juego constituye una vía fundamental y privilegiada de simbolización y regulación afectiva en la infancia. En este sentido, el psicoanálisis infantil encontró en el juego un mediador fundamental para acceder al inconsciente y facilitar la elaboración de conflictos. Así, los desarrollos inaugurales de Freud sentaron las bases para que, posteriormente, otros autores profundizaran la importancia del juego y la interpretación de la clínica infantil. Por otra parte, en esta compulsión a la repetición no se trata sólo de reproducir lo reprimido, sino de la tendencia del sujeto a revivir, a través de la acción, aquello que no puede ser recordado. Freud, (1914/1992) señala que “el analizado no recuerda nada de lo olvidado o reprimido, sino que lo actúa; lo repite, sin saber que lo hace (p.152). En el caso del niño, esta repetición se vincula con la búsqueda de satisfacción pulsional y con el intento de recuperar la experiencia del encuentro con la madre.

Gracias a esto, el psicoanálisis infantil, la interpretación y el juego fueron posteriormente trabajados desde muchos autores para poder enfatizar la importancia del mismo, pero no sería posible si estos primeros pasos no hubieran sido dados sobre el psicoanálisis infantil, y darle el lugar apropiado en la clínica a los niños para poder simbolizar y ser entendidos como sujetos.

2. Pioneras del psicoanálisis infantil

Tras los aportes principales de Freud, otras figuras comenzaron a desarrollar propuestas específicas sobre el trabajo clínico con niños. Entre las principales se encuentra Hermine Hug.Hellmuth, considerada pionera en este campo por introducir la idea de un análisis diferenciado para la infancia. En “*Terapia de juego*” (1913), propuso el uso del juego como herramienta para la terapia infantil, aunque restringió su aplicación a niños mayores de siete años.(Vallejo, 2004, p.10). Su perspectiva se inclinó más hacia un abordaje de carácter pedagógico y terapéutico que estrictamente psicoanalítico, motivo por el cual su

influencia fue reconocida pero no alcanzó la trascendencia teórica que posteriormente lograron Melanie Klein y Anna Freud (Roudinesco & Plon, 1997).

Melanie Klein, a partir de la década de 1920, desarrolló aportes fundamentales para el psicoanálisis infantil. En su obra *“El psicoanálisis de niños”* (1932/1997) introdujo el concepto de dos posiciones estructurales del psiquismo infantil: La posición paranoide-esquizoide y la posición depresiva. La primera, vinculada a los primeros meses de vida (desde el nacimiento al cuarto o incluso quinto mes) se caracteriza por los impulsos destructivos y las ansiedades persecutorias. La segunda, emerge hacia la segunda mitad del primer año, implica el reconocimiento del objeto total y con ella la capacidad de integrar sentimientos ambivalentes. El niño en esta etapa introyecta al objeto como un todo y sintetiza lo que le genera emocionalmente el mismo. El amor y el odio se aproximan más en su mente, generando así ansiedades sobre el daño y la destrucción del objeto. Además de esto, el sentimiento de culpa da origen a preservar el objeto amado, ofreciendo así una reparación por los sentimientos y fantasías destructivas. Por esto, esta etapa es fundamental para el posterior desarrollo emocional del niño. Klein además elaboró la técnica de juego como método fundamental para acceder al inconsciente infantil. Según planteó, “El niño expresa sus fantasías, sus deseos y experiencias de un modo simbólico por medio de juguetes y juegos” (Klein, 1932/1997, p.13)

De esta manera, el juego es considerado una técnica similar a la asociación libre en adultos, ya que posibilita la simbolización de los conflictos inconscientes. La tarea entonces del analista es interpretar las producciones lúdicas, reconociendo su valor más allá de lo que se manifiesta en la misma.

En este marco, la interpretación adquiere un rol central. Klein (1932/1997) sostuvo que “los efectos de la interpretación son a menudo rápidos, aun cuando a veces no parecen haberse hecho conscientes” (p.14)

Asimismo, insistió en que el trabajo interpretativo permite que el niño retome y transforme sus juegos, dando evidencia de niveles más profundos de su psiquismo.

Además, la interpretación es algo que el niño acepta de primera mano y a veces incluso le causa placer que así sea.

Por otra parte, también trae la relación entre el niño y sus resistencias: “A veces chocamos con resistencias difíciles de vencer. Esto, por lo general, significa que nos estamos enfrentando con la ansiedad y sentimiento de culpa del niño, que pertenecen a capas más profundas de su mente.” (Klein, 1932/1997, p.14). En cuanto al sentimiento de culpa, también plantea que el juego nos permite sacar conclusiones sobre el origen del mismo.

Las interpretaciones tempranas hacen que el niño pueda realizar un juego más continuado, sin tanto corte, donde la compulsión a la repetición es inevitable pero a medida que vamos interpretando, esta va esclareciendo el juego y por supuesto el inconsciente del niño.

Además, Klein (1932/1997) plantea la transferencia como algo necesario para que se pueda dar una interpretación comentando que “la interpretación reduce la transferencia negativa del paciente haciendo retroceder los afectos negativos involucrados hacia los objetos o situaciones originarias”. (p.26) Una interpretación errónea trae consigo una transferencia negativa, por esto el analista debe ajustar su intervención al nivel de comprensión y simbolización del niño.

Por último, nos habla de la interpretación como algo crucial, donde el niño pueda simbolizar de una manera adecuada y así hacer el proceso analítico:

Una interpretación que no descienda a esas profundidades que han sido activadas por el material y la ansiedad concernientes, es decir, que no ataque el lugar donde la resistencia latente es más fuerte, intentando ante todo reducir la ansiedad donde es más violenta y más evidente, no tendrá ningún efecto sobre el niño, o sólo servirá para hacer surgir resistencias mayores sin poder llegar a resolverlas nuevamente (Klein 1932/2997, p.31)

De forma paralela a los desarrollos de Klein, Anna Freud aportó una perspectiva diferente sobre el psicoanálisis con niños. En *La iniciación del análisis del niño* (1927/1992), planteó que la inmadurez y dependencia propias de la infancia condicionan la práctica clínica, motivo por el cual el análisis infantil necesita de una técnica particular.

Según su enfoque, en muchos casos los síntomas de los niños son percibidos como problemáticos por ellos mismos, sino por sus padres o cuidadores: “En muchos casos ni siquiera es el niño quien padece, al punto que con frecuencia el mismo no percibe ningún trastorno; sólo quienes le rodean sufren por sus síntomas o sus arrebatos de maldad” (Freud, 1927/1992, p.14).

A partir de esta concepción, Anna Freud subrayó la necesidad de establecer una alianza con el yo del niño, promoviendo así la conciencia de malestar y la motivación para el análisis, permitiendo así evitar futuros problemas de desarrollo. Para ella, el inicio de un tratamiento necesita tres condiciones fundamentales: el reconocimiento del sufrimiento, la confianza en el analista y la disposición a analizarse (Freud, 1927/1992).

Anna Freud también destacó la relevancia de la fantasía y el sueño en la clínica infantil. Dado que los niños no logran realizar asociaciones libres como los adultos, el recurso de las fantasías y a los sueños se volvió central para acceder a los deseos inconscientes. Según la autora: “la narración de sus fantasías fue el más importante recurso auxiliar que tuve en el análisis” (Freud, 1927/1992, p.37)

De este modo, establece que la técnica analítica debía ajustarse a las capacidades expresivas del niño, priorizando el contexto familiar y educativo en la comprensión de la dinámica psíquica.

Si bien tanto Klein como Anna Freud fueron figuras determinantes para la consolidación del psicoanálisis infantil y sus técnicas, las perspectivas fueron diferentes en puntos claves. (Salomonsson, 1997)

Klein (1932/1997) sostuvo que los niños son capaces de desarrollar una neurosis de transferencia y que en consecuencia, el análisis podría aplicarse con un método equivalente del adulto, siempre que se evitara toda directriz pedagógica. En sus palabras:

Mis observaciones me han enseñado que los niños pueden hacer muy bien una neurosis de transferencia y que una situación de transferencia surge igual que en los casos de adultos, siempre que empleemos un método equivalente al del análisis del adulto (p.8)

Por el contrario, Anna Freud entendía que la debilidad del superyó infantil y la ausencia de una neurosis de transferencia hacían necesario un abordaje diferente.

Otro punto de divergencia fue en el valor otorgado al juego. Mientras Klein lo consideraba el equivalente de la asociación libre, Anna Freud advertía que las producciones lúdicas no siempre deben ser interpretadas simbólicamente. Como señaló: “las asociaciones lúdicas del niño no están regidas por las mismas representaciones finales que las del adulto... y en lugar de corresponderles invariablemente una significación simbólica, podrían aceptar a veces explicaciones inconscientes” (Freud, 1992/1997, p.51)

En suma, Klein priorizó el acceso directo al inconsciente infantil a través del juego y la interpretación, mientras que Anna Freud destacó la importancia del yo, la alianza terapéutica y el contexto familiar. A pesar de estas diferencias, ambas consolidaron las bases para la práctica psicoanalítica con niños y su producción teórica sigue siendo un referente imprescindible para la clínica contemporánea.

3. Autores contemporáneos e interpretación en psicoanálisis con niños

La interpretación ha ocupado, desde los orígenes del psicoanálisis, un lugar central en la práctica clínica. Freud (1914/1992) la definió como la herramienta principal para hacer

consciente lo inconsciente, mientras que en el campo infantil las pioneras Melanie Klein y Anna Freud introdujeron debates fundamentales acerca de sus alcances y modalidades.

En los primeros textos técnicos, Freud (1912/1992) subrayó la importancia de mantener una actitud de atención flotante y de evitar el juicio o la anticipación en el pensamiento analítico. El analista, debe conservar en la memoria los múltiples elementos que surgen en la cura sin aferrarse a ellos, dejando que se organicen por sí mismos en el proceso asociativo del paciente. Esta disposición interior se vuelve la base para una interpretación que no se imponga, sino que acompañe el despliegue del inconsciente. Asimismo, planteó que el analista debe mostrarse al paciente como un espejo, reflejando sin distorsión lo que este trae, más que ofreciendo una lectura cerrada del sentido. (Freud, 1912/1992).

En continuidad con esto, Freud (1913/1992) destacó la necesidad de reconocer el papel de la transferencia en toda interpretación. Señaló que “todo lo que anuda la situación presente corresponde a una transferencia sobre el médico” (p.139), advirtiéndole que esta puede funcionar tanto como vehículo del trabajo analítico como factor de resistencia. La interpretación, en consecuencia, no debe precipitarse ni ser utilizada de modo sugestivo, sino que ha de emerger en el momento en que las resistencias lo permitan, favoreciendo el proceso de elaboración.

Klein (1932/1997) sostuvo que el niño podía ser interpretado de manera similar al adulto a través del juego, al que consideraba equivalente de la asociación libre, mientras que A.Freud (1927/1992) señaló la necesidad de adaptar la técnica a la inmadurez y dependencia propias de la infancia, priorizando la alianza terapéutica.

Estas concepciones iniciales marcaron el terreno de discusión, pero también abrieron interrogantes sobre los límites, el momento oportuno y la pertinencia de la interpretación en la clínica con niños. En la segunda mitad del siglo XX y en desarrollos posteriores, distintos autores han revisado y reformulado este concepto, situando la

interpretación como un proceso dinámico que da sentido a los tiempos lógicos del niño, la transferencia y la dimensión fundamental del juego.

Freud, en sus escritos tardíos, volvió sobre la cuestión en *Construcciones en el psicoanálisis* (1937-1939), donde diferenció la interpretación como acto puntual de la construcción como proceso más amplio. Allí sostuvo que cuando el paciente rechaza una interpretación, ello no implica necesariamente un error técnico, sino que puede ser un signo de su resistencia (Freud, 1937/1992, p.255). Este señalamiento introduce una concepción más compleja del acto interpretativo, donde el sentido no se impone desde el saber del analista, sino que se negocia con lo transferencial.

En conjunto, estos desarrollos muestran que la interpretación en el psicoanálisis infantil contemporáneo no puede entenderse como un desciframiento inmediato de símbolos, sino como una práctica clínica compleja, que se construye en el marco del juego, la transferencia y los procesos de simbolización. En este punto, resulta pertinente el aporte de Rebello (2023) quien señala que la contratransferencia es inseparable de la interpretación, ya que la escucha analítica se configura también desde los movimientos inconscientes del analista. Según la autora, la interpretación “toma la forma de una ocurrencia que acontece en sintonía a veces inesperada” (p.187), revelando su carácter de acto singular y no de aplicación técnica.

Winnicott (1971/1992) otorgó al juego un lugar central en el desarrollo emocional y en la práctica analítica con niños. Su aporte fundamental fue concebirlo como un espacio potencial que se ubica en el límite entre la realidad interna y externa. Allí el niño despliega su creatividad y subjetividad, situándose en un terreno intermedio donde lo subjetivo y lo compartido se articulan. En este marco, introduce las nociones de objetos transicionales y fenómenos transicionales para designar las experiencias tempranas en las que el niño comienza a diferenciarse de la madre sin perder continuidad de sí mismo. Así, pulgar o la

manta a la boca, y más tarde en jugar con muñecas y ositos, que constituyen “un regalo de las madres para que estos se aficionen a ellos” (Winnicott, 1971/1992, p.17)

El objeto transicional inaugura una zona intermedia en la que el niño puede crear y experimentar. Según Winnicott (1971/1992) “no existe diferencia apreciable entre los varones y las niñas en su uso de la primera posesión “no-yo”, que puede ser designada como objeto transicional” (p.21). Estos objetos cumplen una función defensiva frente a la ansiedad, como en el caso de la manta que ayuda al niño a conciliar el sueño. No se trata de un símbolo estricto, sino de una posesión que pertenece al reino de la ilusión, “mas no el símbolo, ya que puede ser variable” (Winnicott, 1971/1992, p.23)

De este modo, el objeto transicional “deja lugar para el proceso de adquisición de la capacidad para aceptar diferencias y semejanzas” (p.23), habilitando un pasaje hacia la simbolización y la diferenciación entre madre y niño.

El juego, en continuidad con esta lógica, constituye el espacio privilegiado para la experiencia subjetiva. Winnicott (1971/1992) afirma que “el jugar tiene un lugar y un tiempo; jugar es hacer” (p.63). Subraya entonces que su valor radica menos en los contenidos que en la actividad misma. Este espacio es precario, ya que se desarrolla en el límite teórico entre lo subjetivo y lo que se percibe de manera objetiva. Por esto, la psicoterapia con niños acontece en este terreno, y es en este marco que Winnicott sostiene que “el juego en sí mismo es terapia (Winnicott, 1971/1992, p.75).

La función del analista, al igual que la de la madre, consiste en sostener este espacio potencial sin invadirlo. La interpretación no debe imponerse como desciframiento, sino respetar la creatividad del niño y su ritmo simbólico. En este sentido, Winnicott (1971/1992) sostiene que “la interpretación fuera de la madurez del material es adoctrinamiento y produce acatamiento” (p.77) De ahí que la tarea del analista sea acompañar el despliegue lúdico, cuidando que el juego se sostenga como escenario de subjetivación. En esencia el juego es satisfactorio y por ello únicamente en el juego es posible la comunicación. (Winnicott, 1971/1992, p.80)

Por su parte, Rodolfo (1990) sitúa al niño no solo como portador de síntomas sino como sujeto del significante. De comienzo, advierte que no es nada fácil determinar psicoanalíticamente lo que por lo común se designa al decir 'niño', con lo cual rechaza cualquier intento de reducirlo a una categoría homogénea o puramente evolutiva. (Rodolfo, 1990, p.17). Para el autor, la clínica con niños exige reconocer que están inmersos en un orden fantasmático inconsciente, transmitido transgeneracionalmente:

Que hemos descubierto un orden fantasmático inconsciente, que aparece en sueños y múltiples formaciones, es una verdad que aún resiste. Se trata de lo que rebasa, de lo que va más allá, de lo que nos baste con rastrear en el imaginario del paciente para descifrar la clave cuando hay que reconstruir material de otras generaciones (Rodolfo, 1990, p.22)

En esta dirección, el significante adquiere un valor central. El autor insiste en que entender el concepto de significante en psicoanálisis sin diferirlo del de la lingüística es incurrir en un error grosero. Para él, aquello que en psicoanálisis se considera significativo debe repetirse; esto como un primer criterio. (Rodolfo, 1990, p.23)

La repetición en el juego es, entonces, una vía privilegiada para captar la gravitación de los significantes, lo cual no implica apresurar sus interpretaciones, sino acompañar el despliegue simbólico. Para él entonces ese era el tercer criterio, el cual demuestra que el significativo tiene dirección. (Rodolfo, 1990, p.30)

Rodolfo (1990) subraya que la labor analítica con niños debe evitar el riesgo del adoctrinamiento, retomando la advertencia de Winnicott acerca de la interpretación prematura. Señala entonces que "es preciso no apurar el entramado del significativo sino darle tiempo a que el mismo paciente así lo haga, dándole las herramientas necesarias para

tomar acción sobre el mismo” (Rodulfo, 1990, p.28) De ahí que una intervención analítica adecuada no consista en imponer un sentido, sino en sostener la escena lúdica como espacio de producción de significaciones.

Asimismo, el autor destaca el papel del mito familiar y la importancia del cuerpo en la constitución subjetiva del niño. Afirmar que “el niño saca los significantes del mito familiar, porque literalmente vive allí y no en ningún otro lado, al menos en una instancia inicial” (Rodulfo, 1990, p.63). Este mito, que se ancla en el cuerpo materno, es para el autor la matriz desde la cual se organiza la experiencia infantil: “el mito es en primer lugar entonces el cuerpo materno” (Rodulfo, 1990, p.67)

Finalmente, Rodulfo (1990) insiste en que no se puede excluir a los padres de la clínica con niños, puesto que sus discursos y transferencias inciden directamente en el proceso analítico. Como advierte: “Aquí no se puede dejar a los padres de lado: es tan importante trabajar con el chico como con ellos y apostar a la producción de algún efecto analítico en el discurso familiar” (p.33)

En síntesis, la interpretación para el autor se entiende como un acompañamiento del trabajo del niño en la escena lúdica, atento a la repetición, la dirección del significante y el mito familiar, evitando reducir su discurso a una lectura lineal o a una traducción inmediata.

Myrta Casas De Pereda (1991), en su texto “*Gesto, Juego y Palabra; el discurso infantil*”, propone una perspectiva original acerca del modo en que el analista se aproxima al lenguaje del niño. La autora sostiene que el discurso infantil, con y desde los objetos del juego, no requiere de una interpretación inmediata, sino que exige una escucha analítica capaz de captar su singularidad expresiva (Casas de Pereda, 1991, p.1). De este modo, el juego es comprendido como una expresión del lenguaje infantil y no únicamente como una actividad lúdica, sino como un modo propio de decir, de poner en contacto y simbolizar (p.3)

Casas de Pereda (1991) enfatiza la importancia de la dimensión visual-auditiva del análisis con niños, pues a través del juego se habilita el acceso al inconsciente. En ese espacio, la tríada necesidad-demanda-deseo se manifiesta en movimiento y en voz,

configurando al discurso infantil como un acontecer singular (Casas de Pereda, 1991). Esta articulación permite observar el pasaje del niño del cuerpo propio al objeto, instancia en la que comienza a constituirse la relación con el otro (Casas de Pereda, 1991, p.7)

El gesto ocupa un lugar central en la teorización de la autora, ya que prefigura la articulación de lo real y permite el encuentro con el otro. Casas de Pereda (1991) señala que el gesto “posee una fuerza especial, mayor que la palabra para convocar, llamar, apelar una respuesta inmediata en el otro” (Casas de Pereda, 1991, p.8). El gesto-acción, en este sentido, puede decir más que la palabra, funcionando como un lenguaje en sí mismo y anticipando la simbolización. Así, el gesto no se limita a la motricidad, sino que se constituye como un modo primario de comunicación y de inscripción psíquica.

La autora advierte, además, sobre los riesgos de un exceso en el uso de la interpretación por parte del analista, ya que esto puede producir una “coagulación pseudo-simbólica”, es decir, una detención del proceso de simbolización. (Casas de Pereda, 1991, p.15). Por ello, propone pensar la necesidad de no traducir compulsivamente el juego o el acto, sino de ubicarlos como lenguaje (Casas de Pereda, 1991, p.17). Desde esta perspectiva, el analista se posiciona en una escucha que no busca decodificar, sino acompañar los movimientos de sentido que el niño produce mediante su gesto, su acción y su palabra.

Finalmente, Casas de Pereda (1991) subraya que el niño necesita de los objetos para articular sus producciones simbólicas, y que hablar su lenguaje implica una escucha fina, que incluye tanto lo verbal como lo gestual. Esta concepción amplía la noción de discurso infantil, comprendiendo que la simbolización no emerge únicamente del decir, sino también del hacer y del mostrar. En consecuencia, su aporte resulta fundamental para el trabajo clínico con niños, al situar el juego y el gesto como vías privilegiadas de acceso al inconsciente y de constitución subjetiva.

Posteriormente, en su trabajo *Comentario a “Las dos dimensiones de la interpretación”*, Myrta Casas de Pereda (2008) retoma la herencia lacaniana para pensar el

juego y la interpretación en el análisis con niños desde una perspectiva del deseo y la transferencia. La autora sostiene que el juego, en tanto discurso en acto, constituye una puesta en escena de un sujeto deseante que, en el marco transferencial, convoca al otro a responder y a hacerse presente (Casas de Pereda, 2008,p.26). De este modo, el jugar se comprende no solo como una actividad lúdica, sino como una forma discursiva donde el sujeto se expresa y se estructura.

Casas de Pereda (2008) plantea que “el jugar, como en todo discurso, reitera, se repite, pues la repetición es inherente a la pulsión y por ende a la estructuración subjetiva” (p.26). En este sentido, la autora subraya que el juego opera como una vía donde se actualizan las repeticiones significantes que sostienen el proceso de subjetivación, La interpretación, entonces, no busca traducir o explicar el juego, sino acompañar las repeticiones, interviniendo de manera que pueda promover una destitución de lo subjetivo, es decir, abrir un espacio para que el niño produzca nuevas significaciones (Casas de pereda, 2008,p.29)

La autora destaca el valor del significante como operador fundamental del proceso analítico, en tanto articula lo imaginario y lo simbólico a partir de una pérdida (Casas de Pereda, 2008,p.29). Este planteo muestra una lectura fiel al pensamiento lacaniano, donde la falta estructural se reconoce como condición necesaria para la producción de sentido y para la constitución del sujeto del inconsciente.

Finalmente, Casas de Pereda (2008) concluye que “el niño en el juego recrea, resignifica su división, más que encontrarla” (p.32). Es decir, el juego no se limita a reflejar una estructura dada, sino que constituye un espacio activo donde el sujeto infantil reelabora su división subjetiva y genera nuevas formas de simbolización. En este marco, la intervención analítica adquiere un carácter ético. No se trata de imponer sentido, sino de acompañar al deseo como tal y el decir del niño, en el lugar donde el juego es discurso.

Por otra parte, Alba Flesler (2001) en *“El niño y las intervenciones del analista”*, plantea una profunda revisión del lugar del analista y del modo en que se conciben sus intervenciones en la clínica infantil. La autora comienza señalando que hablar de intervenciones del analista, en plural, implica desacralizar la creencia en un modo único, ideal o excluyente de operar. Si bien el analista interviene de diversas maneras, ello no significa que lo haga de cualquier forma, ya que cada intervención está sostenida por una posición ética y por una teoría del sujeto (Flesler, 2001).

Flesler (2001) afirma que “el analista no sabe lo que dice, pero si sabe lo que hace (p.27). Con esta idea, la autora destaca que el acto analítico no se orienta por la intención consciente del analista, sino por la función que su decir cumple en la transferencia. Así, la intervención no se define por su contenido, sino por su efecto en la estructura del sujeto y en el despliegue de su discurso.

En relación con el trabajo con niños, Flesler (2001) sostiene que el analista debe ubicar el objeto en el acto analítico de manera que, al hacerlo, pueda atender al niño sin perder de vista al sujeto (p.31). De esta manera, su intervención apunta siempre a lo simbólico y no a la corrección o dirección de la conducta. Entonces, aborda aquí la articulación entre lo simbólico, lo imaginario y lo real, subrayando que la interpretación no era una traducción del decir infantil, sino una construcción que permite la emergencia del sujeto (Flesler, 2001, p.28)

Flesler (2001) destaca además la función de los padres en la clínica con niños. El analista no debe orientarlos, sino dirigirse al mundo que conforman con el niño, reconociendo que en muchos casos las mayores dificultades surgen cuando los padres no demandan nada (p.59). Por eso, insiste en la relevancia de la entrevista preliminar, donde se despliega el deseo parental y se delimita el lugar que ocupa el niño en la dinámica familiar.

El texto también pone como punto relevante la función del juego como herramienta fundamental del psicoanálisis con niños. Según Flesler (2001) “cuando el analista promueve

el juego, interviene motorizando la recreación de la escena (p.117). En este sentido, el juego permite que el niño despliegue su escena inconsciente y, a través de la repetición, se articule con la dimensión simbólica de la palabra. La autora advierte que “cuando no hay juego hay atascamiento”, lo que implica una detención en los tiempos del sujeto (Flesler, 2002,p.118)

Asimismo, introduce una reflexión sobre el dibujo y la creación infantil. Considera que el dibujo expresa una incompletud estructural, ya que los niños dibujan espontáneamente sin cerrar del todo las formas, dejando lugar al deseo y a la diferencia (Flesler, 2001,p.138). En esta línea, el dibujo y el juego son concebidos como productores vitales de diferencia, pues posibilitan el pasaje del niño desde la pura actividad del movimiento a un lugar de sujeto, articulando además el lenguaje.

En síntesis, Flesler (2001) redefine la práctica analítica con niños a partir de una posición que combina teoría con sensibilidad clínica. Su propuesta entiende que el analista no dirige ni traduce el decir infantil, sino que se implica en una escucha que promueve el juego, la palabra y la simbolización, sosteniendo el deseo y el proceso del niño en cuanto a la subjetividad enmarcado en la transferencia.

En “*Fundamentos de la clínica psicoanalítica lacaniana con niños*”, Peusner (2006) propone una revisión rigurosa del concepto de interpretación en la práctica analítica, especialmente en el marco del trabajo con niños. El autor analiza el término a partir de tres fuentes teóricas fundamentales: los diccionarios de Laplanche y Pontalis (1967), el de Roudinesco y Plon (1997), y las referencias freudianas. En el *Vocabulario de psicoanálisis*, Laplanche y Pontalis (1967) distinguen dos acepciones del concepto: el punto A, entendido como un proceso de deducción racional o de elucidación del sentido latente, y el punto B, que alude a una comunicación dirigida al paciente en el transcurso de la cura. Esta segunda acepción sitúa la interpretación en el registro de la palabra y del lazo transferencial,

desplazando el énfasis desde la explicación intelectual hacia el efecto que el decir de la analista produce sobre el sujeto del inconsciente (Peusner, 2006).

De este modo, la interpretación no se limita a revelar contenidos reprimidos, sino que se concibe como un acto performativo que incide en la economía psíquica del sujeto, generando transformaciones en su posición frente al deseo y al saber.

A partir de esta distinción, el autor retoma a Freud para subrayar que el término *Deutung* no se traduce simplemente como “interpretación”, ya que en el pasaje del alemán al español se pierden matices significativos, entre ellos, la dimensión de la subjetividad implicada en el acto analítico (p.84). Por esto, advierte que traducir sin considerar el valor de este término puede conducir a la pérdida del efecto clínico que Freud atribuía a la intervención del analista. En este sentido, destaca que la interpretación no debe hacerse “salvajemente” ni en las primeras entrevistas ya que precisan un tiempo de escucha y de transferencia que permita reconocer al paciente en su singularidad (Peusner, 2006,p.87)

Peusner (2006) sostiene que “no se puede interpretar y comunicar la interpretación en la primera entrevista sin siquiera saber quién será el paciente” (p.89). De ahí que el analista debe suspender el saber anticipado, privilegiando una escucha que permita que algo del decir del sujeto se produzca. En este proceso, hay palabras que no se escuchan pero que poseen un valor preciso, y cualquier palabra dirigida al paciente puede adquirir un sentido imprevisto, transformándose en interpretación (Peusner, 2006, p.92) En consecuencia, el autor subraya la responsabilidad del analista frente a los efectos de su palabra, recordando que esta siempre puede producir desplazamientos en el sujeto, incluso cuando no haya intención interpretativa explícita (Peusner, 2006,p.96)

Desde la enseñanza de Lacan, la autora plantea que el analista tiene la mayor libertad y capacidad para interpretar, aunque sin poder prever el efecto que sus palabras generaron (Peusner, 2006, p.99). En este punto, retoma la noción lacaniana de “pagar con palabras”, destacando que en toda interpretación hay un acto que se dirige al deseo del sujeto. A su vez, diferencia entre la interpretación como comunicación - aquella que

responde a una demanda del paciente- y la interpretación como hipótesis, que se sostiene en la oferta de la palabra que el analista mantiene durante el proceso analítico.

Peusner (2006) advierte que no siempre es necesario responder a la demanda del paciente, ya que en algunos casos el silencio o la no respuesta también operan como intervenciones. En la clínica con niños, esta concepción cobra especial relevancia, ya que la interpretación puede adquirir la forma de una palabra, un gesto o un acto, siempre que estos habilitan la emergencia del sujeto. Entonces, su aporte radica en situar la interpretación como un acto ético, que no busca imponer un sentido sino proporcionar un espacio donde la palabra del niño sea fundamental y pueda estar en su discurso.

En suma, los desarrollos presentados en este capítulo permiten situar los aportes de algunos autores contemporáneos que desde distintos puntos de vista profundizan las concepciones sobre el análisis con niños. Tanto las ideas de Winnicott, Rodolfo, Casas De Pereda, Flesler y Peusner contribuyen a ampliar el campo del pensamiento en el psicoanálisis infantil, fundamentando el valor del juego, la palabra y el gesto en procesos de simbolización y en la constitución subjetiva. Como señala Winnicott (1971), “es en el jugar, y quizá únicamente en el jugar, donde el niño o el adulto puede ser creador y utilizar su personalidad íntegra” (p.80), recordando que el juego es una vía esencial para expresarse en la clínica psicoanalítica con niños.

Consideraciones finales

El recorrido teórico realizado nos permitió situar como el psicoanálisis con niños, desde Freud hasta la actualidad, constituye un campo específico dentro del discurso psicoanalítico, sustentado en una ética en particular y en una concepción del sujeto atravesado por su inconsciente. No podríamos darle una conclusión tajante y final sobre el tema ya que en cuanto a su desarrollo, sigue siendo tema de discusión y debate permanente. Los primeros desarrollos de Freud dieron como primer punto una ruptura con las concepciones tradicionales sobre la infancia, el reconocimiento de la sexualidad infantil y el valor simbólico del juego en el desarrollo psíquico fue fundamental. El caso del pequeño Hans, junto con el juego del *fort-da*, marcaron el inicio de una nueva forma de pensar la infancia, el deseo y la angustia, rompiendo con viejos paradigmas.

Las contribuciones posteriores de Melanie Klein y Anna Freud consolidaron las bases de la práctica analítica con niños, ampliando las perspectivas sobre las técnicas y la interpretación. Klein sitúa el juego como una vía directa hacia el inconsciente infantil, mientras que Anna Freud le dio mucha importancia al desarrollo y rol del yo, la alianza terapéutica con el niño y la manera de mediar con los padres, ya que estos son muy importantes a la hora del análisis con niños. A pesar de las diferencias entre ambas, aportaron herramientas teóricas y prácticas fundamentales para el desarrollo continuo del psicoanálisis infantil.

Los autores contemporáneos en orden cronológico retomaron estos fundamentos y los reestructuraron desde nuevas perspectivas. En cuanto a Winnicott, resaltó la importancia del juego como espacio potencial de simbolización y encuentro con la realidad, en el que el niño logra poder sostener la presencia/ausencia materna y construir una autonomía en cuanto a esta y su contexto. Rodolfo, por su parte profundizó en la función del significante y del mito familiar como se planteó previamente intentando que el niño tenga sus tiempos y su capacidad para significar sin ninguna interrupción. En tanto, Casas de

Pereda, desde una postura más lacaniana, amplió la noción del discurso infantil al tratar también el gesto y la acción como maneras de simbolización, ubicando a la interpretación como un acompañante del proceso analítico del niño y no como una traducción inmediata. Flesler, continuando con esta línea, sostuvo que la intervención del analista tiene que tener una posición ética, donde el juego, el dibujo y la palabra se articulan como producciones del sujeto. Mientras que finalmente Peusner aportó un desarrollo riguroso sobre el acto de interpretar, recordando que cada intervención tiene efectos importantes en la estructura de cada sujeto y que la interpretación es primero que todo un acto ético muy importante.

A partir de todas estas perspectivas podemos concluir que el psicoanálisis con niños no es una técnica única y cerrada, sino que es importantísimo que tenga un posicionamiento ético y clínico por sobre todo, que además reconoce al niño como sujeto. El juego además es el medio más privilegiado de simbolización y por supuesto de expresión del niño, donde la interpretación del analista debe sostener al mismo, tanto en su deseo como en la palabra, respetando que cada sujeto es singular.

En definitiva, el psicoanálisis con niños no solo es una aplicación del psicoanálisis “clásico” sino que es un campo que tiene sus propias reglas, donde el juego, la palabra y el gesto se unen para posibilitar que el sujeto pueda simbolizar. La función del analista entonces es sostener este espacio de análisis respetando y facilitando la creación, la simbolización y la constitución subjetiva, garantizando además la dimensión ética que existe en cada práctica analítica.

Referencias Bibliográficas

Altschuler, C. (2008). *El pequeño Hans: una lectura lacaniana*. Paidós.

Borgogno, F. (2006). *El hombre invisible y otros ensayos sobre el psicoanálisis de niños*. Paidós.

Casas de Pereda, M. (1991). *Gesto, juego y palabra: el discurso infantil*. Psicolibros Waslala.

Casas de Pereda, M. (2008). Comentario a “Las dos dimensiones de la interpretación”. En M. Casas de Pereda, *Escritos sobre la práctica psicoanalítica con niños* (pp. 25-33). Psicolibros Waslala.

Flesler, A. (2001). *El niño y las intervenciones del analista*. Paidós.

Freud, A. (1927/1992). *La iniciación del análisis del niño*. Paidós.

Freud, S. (1905/1992). *Tres ensayos de teoría sexual*. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1909/1992). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)*. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1912/1992). *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. En *Obras Completas* (Vol. XII). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1913/1992). *Sobre el comienzo del tratamiento*. En *Obras Completas* (Vol. XII). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1914/1992). *Recordar, repetir y reelaborar*. En *Obras Completas* (Vol. XII). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1920/1992). *Más allá del principio de placer*. En *Obras Completas* (Vol. XVIII). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1937-1939/1992). *Construcciones en el psicoanálisis*. En *Obras Completas* (Vol. XXIII). Amorrortu Editores.

Klein, M. (1932/1997). *El psicoanálisis de niños*. Paidós.

Laplanche, J., & Pontalis, J.-B. (1967). *Vocabulario de psicoanálisis*. Paidós.

Peusner, A. (2006). *Fundamentos de la clínica psicoanalítica lacaniana con niños*. Letra Viva.

Rebello, C. (2023). *Transferencia y contratransferencia en la clínica actual*. Revista Uruguay de Psicoanálisis, 137(2), 180-190.

Rodulfo, R. (1990). *El niño y el significante*. Paidós.

Roudinesco, E., & Plon, M. (1997). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.

Salomonsson, B. (1997). *Psicoanálisis con niños: diferencias y convergencias entre Klein y Anna Freud*. Journal of Child Analysis, 12(3), 45-58.

Vallejo, A. (2004). *Historia del psicoanálisis infantil*. Universidad de Buenos Aires.

Winnicott, D. W. (1971/1992). *Realidad y juego*. Gedisa

